

CLÍO FILÓLOGA

Fernando Curiel Defossé
Seminario de Edición Crítica de Textos
Instituto de Investigaciones Filológicas

Premisa

Si hay un núcleo duro de las Humanidades, complejo de saberes hoy día en crisis honda, profesión de fe me atrevería a decir; dicho sustrato lo informan, desde los griegos orígenes, la Literatura, la Filosofía y la Historia. Si, a partir de cierto momento, la Filosofía sigue una senda solitaria, a la Literatura y a la Historia se les reputa Bellas Letras. Imaginación enraizada en la vida, la primera; imaginación documentada del pasado, la segunda. Las nupcias duran siglos, hasta que la Historia se quiere, por ejemplo con Leopold von Ranke, conocimiento exacto, ciencia; con lo que se abre un futuro, que hace rato nos alcanzó, de identidad rota. ¿La Historia, en puridad de verdad, arma de los Poderes, como denuncia Jean Chesneaux? ¿La Historia, por el contrario, escritura, como propugnan Michael de Certeau y Hayden White?

¿Y la Filosofía? Tenemos que agotados los veneros de las grandes sistematizaciones, primeros damnificados de la posmodernidad, sus cultivadores, no pocos de ellos, invaden el terreno de la Literatura. Con Paul Ricoeur, se pregunta, la Filosofía, sobre el lenguaje, la memoria, el tiempo, la narratividad; con Derrida juega el juego del Nonsense. Dicho en términos por demás generales.

Hacia adentro

¿Y la Literatura? ¿La Literatura como conocimiento de sí misma, su ser y hacer? Veamos. Una mezcla de plusvalía salvaje, en el terreno de la Industria Editorial (ganancias que saltaron del 5 al 30 o 40%), y de facciosa fragmentación en el de la investigación, produce, a su vez, una pérdida de identidad. Menciono algunos frutos funestos, en arrebatada contradicción. Lo mismo el abandono irreprimible de las fundamentales disciplinas auxiliadoras: la Crítica, la Historia y la Filología Literarias, que la entronización de la Teoría, signo de signos de signos, tautología. Lo mismo obediencia a-crítica a corrientes de interpretación enemigas de la “literariness” —desaparición del Escritor, del Autor, del Personaje, del sentido textual—; y me refiero al estructuralismo lingüístico, a la deconstrucción, a la pos y aún pos pos modernidad; que litúrgica divinización de algún escritor (como si, a diferencia de

Atenea que nace de la cabeza de Zeus, naciera de sí mismo). Y como no hay vacíos ni en la naturaleza ni en la cultura, la ausencia de los Estudios Literarios plenos e integrales, la cubren los filósofos (Ricoeur, otra vez) e historiadores (De Certeau y White, otra vez).

A semejante abandono de una plaza sobre la que se tienen títulos añosos, se le llama *derección*. Y la que a la postre sufre con tamaño auto-deshauicio es la Lectura, la placentera de fondo; la que deja marcas y lecciones. Como la enseñanza de que, invoco por igual a George Steiner que Carlos García Gual, los Ulises, el de Ítaca y el de Dublín, son presencias reales indestructibles.

Planes y programas

Institucionalmente, en México, la Universidad Nacional (luego autónoma), compromete, desde el comienzo, la investigación, la docencia y la vulgata de las Humanidades; principalmente, por su marca común de origen, de la Literatura, la Filosofía y la Historia. Tal es el sentido de la Escuela Nacional de Altos Estudios (1910), matriz lo mismo de la Facultad de Filosofía y Letras que de los Institutos, Centros y Programas que vertebran la Coordinación de Humanidades. Lo mismo aconteció con las ciencias naturales y exactas; harina de otro costal. En 1956 se crea el Centro de Estudios Literarios; en 1973, confederados el citado CEL, el Centro de Lingüística Hispánica, el Centro de Estudios Clásicos y el Centro de Estudios Mayas, dan lugar al Instituto de Investigaciones Filológicas. Amalgama de ingredientes hispánicos, de tradición grecolatina y amerindia de nuestra multicultural cultura. Lo que llamo, sin desdoro de rasgos que a muchos países de Hispanoamérica pertenecen, “particularidad mexicana”.

Ir y venir

Una mutación, mejor dicho, un cortejo de mutaciones, invade a la Historia. Como Historia a secas: acontecimiento, tiempo; y como Historiografía: conceptos, escritura. Desde frentes varios se emprende la crítica, a veces implacable, a la pretendida exacta reconstrucción documentada del pasado como éste realmente fue, afán científico. Cuando lo que, en esencia, define a las Humanidades es la aproximación incesante, la rauda de tentativas resuelta no en verdad apodíctica sino, lo afirma el autor de *Visión de Anáhuac* —fusión inmejorable de Literatura e Historia—, en estricto milagro, el milagro de la comprensión. Repertorio de saberes en marcha, en construcción...

Decía que, refutada la científicidad inapelable, clausurada de la disciplina historiográfica, ésta se desdobra en Historia Interdisciplinaria al modo de la Escuela de los

Anales; Historia de las Mentalidades; Historia Social; Historia Económica y su exceso, la Cliometría; Historia Cultural; y, por fin, Historia Intelectual.

Pero no, ¡atención!, exclusivamente historia de la intelectualidad, de sus ritos y mecanismos de reproducción y legitimación y exclusión, narcisismo y engreimiento, costumbres, fantasías, gremios, habla, vestimenta; sino, más bien, de la producción simbólica de una sociedad determinada en un tiempo y espacio determinados. Producción simbólica equivalente de la económica, industrial, mercantil; de los órdenes jurídico, político, internacional. Hablamos, hablemos, de las artes todas, del pensamiento crítico, de las instituciones educativas y culturales.

Es esta perspectiva de la Literatura, texto y contexto, sincronía y diacronía, redes de sociabilidad, énfasis generacional, polémicas y órganos de expresión, canon y subversión, estabilidad y ruptura, estructura y proceso, tradición e innovación, nexos con otros sistemas simbólicos; la que, por definición, anima a la revista (*an*)ecdótica.

Coda

Siempre alrededor del texto, la textualidad, la escritura —pura y de servicio—; en una operación cicatriz, se invita, se exhorta: a la reasunción de la Literatura como sistema literario (creación, producción, distribución, recepción, validación o certificación); al refloreamiento de los empeños filológicos; al ejercicio de la Historia como historia intelectual; al diálogo, largamente preterido, de la Literatura, la Filosofía y la Historia. Núcleo duro, reiteramos, de las Humanidades, casa nutricia.



